

LOS PASAJEROS

de Gabri Ródenas

«No existe la casualidad, y lo que se nos presenta como azar surge de las fuentes más profundas».

FRIEDRICH VON SCHILLER

Sonaba «*Hit The Road, Jack*». Sí, acababa de empezar, enlazando con otro tema popular interpretado por un grupo de japoneses muy divertidos. El sonido se extendía por toda la cubierta del barco que me llevaba desde Miami hasta Jamaica. No sabía muy bien de dónde procedía la música, pero no llegaba a molestarme del todo. En ocasiones, me gusta aterrizar, desprenderme del peso de las letras, de la razón, de mi propio hermetismo y fundirme con el resto del mundo, con la gente, aunque sea desde la distancia, desde el silencio.

Recuerdo que alcé los ojos de mi libro, o también podría decir de mi pequeña infidelidad. Mi nombre es Teresa de Silva y vivo entregada a partes iguales a la filosofía y a la lectura de los textos de G. K. Chesterton. En aquella ocasión, deseosa de un poco de literatura ligera, hojeaba otra vez las páginas de *La máquina del tiempo*, uno de los clásicos de H. G. Wells. Tal vez me movió el hecho de que los nombres de ambos autores —que no sus apellidos— hubiesen quedado reducidos a meras iniciales.

No pude evitar fijarme en una pareja que no se hallaba muy lejos de mí. Reían y miraban el océano. Ella era pelirroja, seductora; él elegante, sofisticado y sensual. Su cara me resultaba muy familiar, aunque no sabría dar razón alguna. Parecían muy felices.

Había decidido tomar unas pequeñas vacaciones en la isla antes de regresar a España. Admito que no me gusta nada Miami y supone un cierto suplicio para mí tener que acudir allí en determinadas ocasiones. Allí y a incontables lugares.

Puede que a las mujeres ya no nos vendan abiertamente. Se ha erigido toda una teoría de la igualdad. No, una teoría no, un discurso. Pero miles, millones, de mujeres

como yo seguimos transitando las viejas rutas de la esclavitud, de la invisibilidad. Hombres muy importantes, pero menos inteligentes que yo, procedentes de innumerables países, reclaman mis servicios constantemente. Se dejan seducir por mis encantos, mas siguen atribuyéndose los méritos. Yo jamás he luchado por salir del anonimato, ya que me encuentro muy cómoda en él. Me exime de asumir más responsabilidades y compromisos de los que estoy dispuesta a tolerar. Me permite seguir siendo libre.

Durante muchos años he sido convocada en calidad de asesora por los dirigentes del mundo. Me consultan para resolver los aspectos más delicados y conflictivos del funcionamiento de nuestras sociedades. No puedo evitar sonreír cuando me preguntan para qué sirve la filosofía y me veo en la obligación de tener que reprimir mi más sincera respuesta: para ordenar el mundo en el que *tú* vives. Por fortuna, la presencia de mujeres en las altas esferas de nuestro Sistema, aun en la sombra, ha evitado no pocas guerras y manifestaciones de testosterona mal canalizada. Es una recompensa más que suficiente para algunas personas, entre las cuales me hallo.

No estimo ni necesario ni recomendable (especialmente para mi integridad física) transcribir las razones que me llevasen a Miami. Baste saber que, después de salir de allí, consideré muy saludable tomar un poco el sol del Caribe y disfrutar de un fabuloso *Blue Mountain* de los que no se dispensan en los establecimientos orientados a los turistas antes de hacer escala en España y viajar de nuevo a París. Por muchas cosas que me fascinen de dicha ciudad, Jamaica, siempre preferiré mi rincón en el Mediterráneo. Ahuyenta toda *saudade* de mi corazón.

La música cesó, los amantes desaparecieron de mi vista. Sólo quedaba el océano Atlántico ante mis ojos y el surco espumoso que el barco dejaba a su paso. Repasé la frase que me había atrapado, la frase relativa a la brevedad del sueño de la

inteligencia humana. Cerré el libro. Después de todo, un paseo por la cubierta no me vendría nada mal, debí pensar en aquel instante.

Admito que, a pesar de no haber alcanzado los cuarenta, mi forma de vestir resulta un tanto conservadora. Hace años que tomé la decisión de no lucir otro color en mis prendas que no fuera el negro y nunca me he arrepentido. El negro es un color elegante que siempre realza mis rasgos, que habrían hecho que más de uno me confundiese con Catherine Deneuve de encontrarnos en otro momento del tiempo. Para aquel viaje opté por un vestido decididamente largo que evocaba los tradicionales uniformes de institutriz británica de finales del siglo XIX, a pesar de su corte actualizado. Al margen de las apariencias, sus ventajas con respecto a los ajustados vaqueros resultaban del todo obvias —una vez superado el malestar que las miradas curiosas podían despertar—. Recorrí el pasamanos de la barandilla tratando de recordar el sueño que había tenido la noche anterior. En él pude ver a Velázquez durante la realización del retrato de don Sebastián de Morra. Teniendo en cuenta que no soy una persona que recuerde sus sueños con demasiada frecuencia, tiendo a reflexionar acerca de su posible significado. Ciertamente lo considero un pasatiempo, pero siempre extraigo alguna conclusión valiosa sobre mí misma. Así pues, no me importa que la interpretación sea correcta o no; no tengo el menor problema en tildarlos de *meros* pretextos, pues, en última instancia, ¿quién puede determinar la exactitud de la interpretación de un idioma que no conocemos de manera absoluta?

En mi sueño, Velázquez no se dirigía a mí en ningún momento. Se limitaba a pintar a un enano cortesano que, no obstante, seguía recibiendo un trato respetable (hoy nos puede parecer algo corriente; las cosas eran un tanto diferentes alrededor de 1645). Pude observar con todo lujo de detalles aquel pequeño bufón que, por contradictorio que pudiera parecer, ostentaba una nobleza abrumadora. Sus ojos eran

penetrantes, su inteligencia resultaba palpable. Sin ánimo de resultar ofensiva, diré que la impresión que aquella escena transmitía era que parte de ese hombre se encontrase en un cuerpo o en un marco que no le correspondía. No por el tamaño, sin lugar a dudas, sino por el extraño conjunto de mirada salvaje en un envoltorio que intentaba domesticarla en parte. Después hice una pausa en el curso de mis reflexiones. Cabía la posibilidad de que yo estuviese del todo equivocada y que lo grandioso del acontecimiento fuese justamente que un espíritu de tales características —como las que yo le atribuía— se hallase confinado en un cuerpo que le impidiese desarrollarlo al máximo. De no ser así, tal vez el entrañable señor de Morra hubiese acabado encabezando una sangrienta batalla o convertido en un líder despiadado. Pero, por una razón análoga, era plausible pensar que la lógica que rige el universo, y que al ser humano no le es dado acceder, hubiese llevado a cabo un ajuste perfecto. Allí, en mi sueño, en presencia de Velázquez y de don Sebastián de Morra, advertí que una suerte de eco de la mano de *Dios* había convertido a un enano bufón del siglo XVII en un ser entre respetado y temido, una de esas personas que parecen estar dotadas de un aura o estela que impide a los demás el acceso directo y cualquier falta de educación dirigida a su persona, estableciendo una *incomprensible* barrera de seguridad. Fue tal el influjo que ejercía la mirada de don Sebastián que llegué a olvidar que el mismísimo don Diego de Silva Velázquez, más conocido por todos por su segundo apellido a secas, compartía escenario conmigo.

Haciendo memoria, puedo asegurar que durante todo mi sueño el señor de Morra miraba al pintor, al menos al lugar donde éste se encontraba. Fue justo antes de despertar cuando advertí que el cortesano comenzaba a girar su cabeza hacia mí con suma lentitud. Nuestras miradas no llegaron a encontrarse.

Desperté en el hotel de Miami, funcional y un tanto decadente. Encendí una de las lámparas de mesa y luego otra que había junto a un sillón, conformando así una especie de punto de lectura. La ventana de la habitación era muy amplia y, como cabía esperar, no podía abrirse. Me senté en el sillón y miré a través del cristal. Luces de una gran ciudad. El mar a lo lejos. El mar no es igual en ningún sitio. El mar de Miami parece formar parte de un decorado cinematográfico. Carece de *espíritu*. Intuyes que lo único que surgirá de sus aguas será bien un inmigrante cubano bien un cadáver o un equipo de rodaje.

Eran poco menos de las cinco de la mañana pero me había desvelado. Todavía tenía tres horas por delante y muy poco que hacer allí. Tampoco me apetecía molestar al servicio de habitaciones para solicitar un café. Del mismo modo que algunas personas encienden un cigarrillo nada más abrir un ojo por las mañanas, yo preparo un café de forma automática. En sentido estricto, desayuno más tarde, pero ese café resulta del todo imperdonable para mí. Supone un acto casi ritual y sin él no me siento completa, casi como si todavía no me hubiese despertado. Nunca sabes hasta qué punto dependes de algo hasta que no cuentas con ello. Un simple café. Me dije que lo mejor sería darme una buena ducha, preparar el magro equipaje que transportaba y buscar alguna cafetería abierta. Lo bueno de estar en una ciudad como Miami es que sabía al cien por cien que la encontraría. Además, me encanta caminar por las ciudades cuando todavía no ha amanecido del todo. La luz es fascinante al combinarse con los destellos rojizos de los pilotos intermitentes de los coches en lontananza.

Siempre esbozo una sonrisa a la hora de hacer la maleta, pues ocupan más volumen los libros que llevo conmigo que la ropa y otros efectos personales. Ya sé que ahora hay lectores electrónicos en los que puedes transportar casi toda *tu*

biblioteca (dudo que la mía) en un pequeño dispositivo, pero no me gustan nada. No es que sea fetichista, tan sólo un poco anticuada. Por muchas vueltas que le dé al asunto, no encuentro el modo de convencerme de que toda modernidad, por defecto, es positiva y deseable. De eso nada; hay «modernidades» que entrañan un claro y obscuro retroceso. Algo que no muchas personas parecen advertir. Podría transcribir aquí mismo cientos de ejemplos, si bien eso anularía la capacidad de reflexión de un hipotético lector, algo que no estoy dispuesta a llevar a cabo. ¿En qué me diferenciaría entonces de nuestro *establishment*, tan empeñado en atontar a la población e imponerle lo que debe pensar? No era momento ni lugar para consideraciones sociopolíticas. Había llegado la hora de ad decentarse y salir a la calle en busca del ansiado café.

El recepcionista del hotel no pudo disimular su gesto de sorpresa al verme aparecer vestida de aquella guisa, con una maleta tan pequeña y un tanto magullada y a una hora tan intempestiva. Pensaba que un tipo que trabajaba en un hotel de Miami ya lo habría visto casi todo y que poco o nada le sorprendería ver a una dama abandonando su habitación un poco antes de lo habitual. Me equivoqué. Quizá fuera su primer día de trabajo. Siempre lo es.

En lo que no erré tanto el tiro fue en la intuición de lo sencillo que resultaría encontrar un lugar donde tomar un buen café. De hecho, no tuve que caminar ni media manzana. Cuando entré, el local estaba vacío y la camarera me miró con apagado interés. A diferencia del recepcionista, aquella señora que tiempo atrás olvidase los síntomas de la menopausia sí que lo había visto casi todo. Me habría encantado decirle que a mí me resultaba tan llamativo verla en un inadecuado uniforme rosa y blanco como a ella el hecho de ver aparecer a una *viuda negra* en medio de un casi amanecer. La educación y el respeto por los millones de víctimas de



un engranaje más que semejante a una picadora de carne hicieron que me abstuviese de hacer tal comentario y, en su lugar, solicité un café triple muy cargado.

Desde el exterior, un paseante habría podido contemplar una escena recién sacada de un cuadro de Edward Hopper: a través del amplio ventanal escapaba la luz, que contrastaba fuertemente con la oscuridad reinante en el exterior. Una dama solitaria, sin más compañía que una vieja maleta, vestida de negro y encaje, tomaba un café humeante, ante la desatenta mirada de una camarera madura, castigada por la vida y deseosa por terminar su jornada laboral. En breve, el sol haría su tímida y progresiva aparición. Mientras tanto, y al tiempo que aguardaba la hora de coger un taxi y encaminarse hacia el puerto, aquella señora de negro, yo, meditaba acerca de un sueño; repasaba los detalles del rostro de don Sebastián de Morra e iba formulando vagas hipótesis como, por ejemplo, que, al menos en cierto sentido, todos ocupamos un cuerpo que no nos pertenece.

Era una puta mierda y además me daba mucha mucha vergüenza. Vivía con mi padre en una furgoneta y recogíamos cosas que encontrábamos en los contenedores de basura. En las películas, eso de vivir en una caravana queda muy bien; los afectados, al menos, preservan un mínimo de dignidad. Puede parecer muy *guay*, pero la *furgo* no tenía nada de atractivo y mucho de cutre: un cacharro viejo y oxidado que apenas podía desplazarse, con un panel de aglomerado en la parte de atrás sobre el cual descansaba un colchón viejo y un tanto mugriento. Y poco más.

Imposible olvidar el primer día que metí las manos en la porquería que otros habían tirado. Algunas chicas monas pasaban a mi lado con sus uniformes de hacer *footing* y yo hecho un desastre, con la ropa desgastada y sucia y, lo peor de todo, escarbando entre desperdicios. Paradójicamente, aunque todos los elementos confabulaban para que me convirtiese en lo más llamativo de la estampa, lo cierto es que me convertían en el hombre invisible. Nadie me veía o no me quería ver. Y lo entiendo. ¿Quién quiere darse cuenta de ese pobre adolescente que ha acabado buscando entre desechos? Os aseguro que una chica guapa no.

Nunca habíamos tenido demasiado, pero al menos vivíamos en una casa modesta y mi padre trabajaba como carpintero. Después el mundo se sumió en una locura que, además de poner de manifiesto las entretelas de un modelo económico y social injusto e insostenible, lanzó a muchas familias a la calle (literalmente). Comenzaron las peleas entre mi madre y mi padre y al final se largó para no volver. No he vuelto a saber de ella. Ni una carta, ni una llamada, pero, claro, ¿a qué teléfono iba a llamar? ¿A qué dirección iba a escribir? Lo perdimos todo.

No quise acompañar a mi padre la primera vez que salió a buscar cosas *por ahí*. Me negaba a ver aquello. Abracé los pocos libros que había podido rescatar de nuestro desahucio, casi todos demasiado infantiles para mí ya y que más tarde me vería obligado a vender por unos pocos euros, y apreté el rostro contra la tapa de uno de ellos. Fue mi modo de ocultar las lágrimas. Después empecé a acompañarle e incluso salía por mi cuenta a ver qué encontraba. Me tranquilizaba pensar que los servicios sociales estarían demasiado arruinados y ocupados como para intentar salvar el cuerpo y el alma de un chaval de dieciséis años. No había casas de acogida ni centros para alojar a un adolescente que en poco tiempo sería expulsado. Sí, el Sistema, en su desplome imparable, era prolífico en la creación de paradojas y contradicciones, una de las cuales era que se podía ser más libre en prisión o en un reformatorio que en la calle. Allí al menos tenías un plato de comida y una cama. Fuera no te quedaba mucho tiempo para el esparcimiento y toda tu libertad se reducía a estudiar cómo conseguir algo con lo que alimentarte. Igual que un animal. Igual que un perro a los ojos de un puñado de burócratas miserables cuyos únicos sueños y anhelos eran que llegasen las dos de la tarde de cada viernes y el día de cobro a final de mes.

Admito que mi rabia inicial se fue atemperando con el tiempo. Aún hoy me sigue doliendo, pero he acabado con el odio. Además, no todo era malo. Encontré algunas cosas buenas entre la basura, como algunos libros y, lo mejor de todo, una guitarra acústica. El problema siempre fue que se rompiera alguna cuerda, cosa que tuvo lugar en varias ocasiones. Por aquel entonces tampoco sabía tocar gran cosa, de modo que no suponía una de mis mayores preocupaciones. Una vez mi padre me regaló un juego de cuerdas y yo a él un cartón de tabaco. Creo que poco después dejó de fumar. Llegó

un punto en el que *olvidamos* preguntarnos de dónde sacábamos las cosas. Poco importaba. Robado, ahorrado (miento), encontrado...

Lo referido no fue lo único bueno que encontré, aunque, en honor a la verdad, tal vez *aquello* que llegó después me localizase a mí. Hacía bastante frío y yo llevaba poca ropa, como de costumbre. Me disponía a iniciar mi jornada de «explorador» cuando, junto a uno de los contenedores, escuché una especie de maullido. Busqué el lugar exacto del cual procedía ese sonido y, *voilà!*, un minino encantador esperaba agazapado entre las ruedas del contenedor a que algún alma caritativa le ofreciese algo de comida.

—No es tu día de suerte —recuerdo haberle dicho mientras lo cogía y lo examinaba.

Era una hembra, un cachorro de gato romano, el más común. El típico gato callejero, como yo. Ni siquiera de niño había tenido una mascota y, ahora que tampoco tenía muchos amigos por razones obvias, creí que sería una buena idea tener un poco de compañía. A mi padre no le importaría, de eso estaba casi seguro. La gata tendría que buscarse la vida, pero al menos estaría un poco más protegida. Dudé entre llamarla *Gatalina*, haciendo un infantil juego de palabras entre «gata» y «Catalina», mas advertí que *Catalina* ya encerraba un juego de palabras (hasta un chico de la calle sabe que «Cat» es «gato» en inglés). De modo que acabó quedándose con el nombre *Cata*. Quizá no fuera su día de suerte, pero el mío sí.

Llevé a la gata en brazos, como si fuera un bebé, como no recordaba haber sido portado yo jamás. Mi padre todavía no había llegado a la furgoneta. Dejé que Cata anduviese un poco por el colchón y se familiarizase con su nuevo hogar. Encendí una radio que teníamos y en la que estaba sintonizada la emisora favorita de mi padre. No llegué a comprender cómo le gustaba esa música, ni siquiera que le gustase la música

en general, pero lo cierto es que durante los años que estuve escuchando aquella cadena aprendí mucho. Digamos que mi gusto musical fue cultivado en una vieja radio y desarrollado posteriormente a través del mástil y las cuerdas de una guitarra procedente de un contenedor de basura. Los primeros compases de «*Beyond Here Lies Nothin'*» de Bob Dylan comenzaron a inundar el interior de la furgoneta. Cata se giró sorprendida. Imagino que la música no debe ser un elemento muy habitual en ningún vertedero. Corté el culo de una botella vacía que encontré entre los enredos y vertí un poco de agua para ella. No se acercó de manera inmediata sino que lo hizo con ese recelo tan característico que, como pude descubrir con posterioridad, poseen los gatos.

Me senté a su lado, en el colchón, cogí la guitarra e intenté sumarme virtualmente a la banda de Dylan. En realidad pretendía que Cata perdiese el miedo y comenzase a sentirse un poco más cómoda. Puedo decir que lo conseguí. Al cabo de un rato que me pareció bastante corto, la gata se acurrucó a mis pies para, acto seguido, comenzar a ronronear. La acaricié. Era muy suave y agradable al tacto. Descubrí que llevaba algunas heridas pequeñas, sin duda fruto de alguna pelea. Nada serio en cualquier caso.

A través de la ventana vi algunos chicos que tenían pinta de regresar del instituto: aspecto despreocupado y juguetón, mochilas nuevas, ropa moderna. Tal vez en algún momento nos convirtiéramos en compañeros de viaje, aunque, francamente, esperaba que no fuera así. Agaché un poco la cabeza. Ellos no me veían y yo ya estaba casi acostumbrado a la miseria, pero en el fondo de mi corazón, y tan sólo en ocasiones, sentía la punzada de la exclusión. No me habría importado cruzarme en su camino, si bien lamentaría la otra opción: que ellos se vieran forzados a transitar el mío. Mis ojos se dirigieron de nuevo hacia Cata, que seguía durmiendo plácidamente. Estaba

convencido de que nunca antes había descansado en un lugar tan sereno (con independencia de que a mí me pareciese otra manifestación del infierno). Los chavales fueron desapareciendo del horizonte uno a uno.

Entiendo que mi padre no pasase demasiado tiempo en la furgoneta. Tampoco yo lo hacía. La falta de espacio y de las comodidades básicas resulta bastante deprimente. ¿Qué haces en una furgoneta? ¿Dónde te sitúas? ¿En el sillón del conductor o del copiloto? ¿Tirado en un colchón desgastado? La ausencia de medios para adoptar una postura medianamente civilizada o decorosa tiende a ser un inconveniente. Ni una mesa con sus sillas para comer o charlar como el resto de personas ni ninguna otra cosa. De la calle al colchón, así era nuestra vida.

Pasé toda la tarde jugando con la gata y llegué a olvidar mi *dieta* baja en calorías y las temperaturas —también bastante bajas—. Cata se adaptaba sorprendentemente bien. La dejé salir en varias ocasiones y no se separó mucho de la *furgo*. Es curioso cómo cambian las cosas al ser vistas desde distintas perspectivas. Supongo que la gata estaba feliz al sentirse como en un palacio, el mismo del que yo estaba deseando escapar y al que regresó mi padre casi al anochecer.

—¿Cómo va eso, Nico? —me preguntó.

Dejó en un rincón una bolsa con un par de prendas que había encontrado y se sentó en el colchón con la puerta del maletero abierta. Nico. Dudo que a alguien le importe, pero mi nombre es Nico García y este Nico García sabía que la policía poco podría hacer en caso de vernos allí. El vehículo estaba bien aparcado y, sí, se notaba que estábamos viviendo en aquel cuchitril con ruedas, pero ¿qué podían hacer? ¿Multarnos? ¿Decirnos que no podíamos estar allí aparcados? ¿Encarcelarnos? ¿Llamar a los servicios sociales? Una vez pierdes el miedo, en especial el miedo a la autoridad represora, comienzas a experimentar un tipo de libertad que le está vedada a

la mayor parte de las personas. Cuando ya no hay hueco en tu corazón para el temor, las circunstancias dejan de amenazarte y te vuelves un poco invulnerable. Poco a poco adviertes que una especie de barrera se forma a tu alrededor. Se hace innecesario protegerse porque eres consciente de que nada se atreverá a atacarte. Tú eres lo que causa el pánico. Tú eres el *monstruo* y el resto huye de ti.

—Tenemos una invitada —contesté.

Mi padre arqueó las cejas. Llevaba varios días sin afeitarse y se le veía cansado. No hacía falta preguntar para saber que no había sido un buen día para él. Lo atroz de nuestra situación era que, ante la previsión de respuestas negativas, la necesidad de hacer preguntas se reducía hasta el extremo. Mejor dejarlo estar...

No tengo muy claro a partir de qué momento, a pesar de vivir en un espacio tan exiguo, de querernos y de pasar tanto tiempo juntos, mi padre y yo habíamos comenzado a convertirnos en extraños el uno para el otro. Supongo que la pobreza hace algo así con las personas.

—¿De quién se trata? ¿A qué se debe el honor?

Aunque estaba también en el colchón, mi padre no la había visto, así que cogí a la gata y se la presenté:

—Se llama Cata.

Él esbozó una sonrisa. Extendió sus manos para que se la dejase y así lo hice. La miró con ternura y quise creer que en algún momento de mi vida también me había mirado a mí del mismo modo.

—Es muy bonita —dijo.

La dejó de nuevo sobre la cama. Cogió un catálogo de algún supermercado y se puso a hojearlo, como si fuera posible que pudiéramos comprar algo. Imagino que toda persona tiene derecho a la dignidad, aunque sea aparente. He tenido que aprender

a ver a mi padre sin pensar que lo que tengo delante es un hombre caído en desgracia. Quizá debiéramos hacer unos carteles y pegarlos por las calles o dejarlos en los buzones: «*Chapuzas* en carpintería» o algo más elegante y menos ambiguo (decididamente, «chapuzas» no era el mejor reclamo publicitario). No llamaría mucha gente, pero alguien lo haría —eso era lo que yo esperaba—. Mejor eso que nada. Sólo nos faltaba una cosa: hacernos con un teléfono móvil y con una tarjeta de prepago. Cosas sencillas que se vuelven complejas en determinadas situaciones: abrir el grifo, que salga agua, ¡y además caliente!; que haya luz; comprar un cartón de leche; ducharse con jabón; afeitarse, etc. La lista no acabaría en toda la eternidad, pero rara vez las personas somos capaces de valorarlo mientras lo tenemos.

Ésa fue la razón por la que empecé a proteger a Cata, ésa y que estaba tan solo como ella. En el fondo, no éramos tan diferentes y hasta podría decir que se produjo una especie de conexión inmediata entre nosotros. Tal vez no se tratase de otra cosa aparte del recuerdo vago y difuso de un sueño lejano. El caso es que, cuando Cata se sentó erguida, me miró fijamente y emitió un maullido suave, tuve la sensación de que aquello ya había tenido lugar. Como dicen los franceses y los pedantes, experimenté un *déjà vu*.



A uno de los maestros o padres fundadores del taoísmo, Chuang Tsé, se le atribuye el sueño de la mariposa: se dice que soñó que era una mariposa, mas, al despertar, no tuvo claro si había sido él quien había soñado que era una mariposa o si, por el contrario, era la mariposa la que había soñado ser Chuang Tsé.

Algo similar le sucedió a Nico García cuando tuvo la sensación de *déjà vu*.

Al margen de que la mayor parte de las personas considere que la reencarnación o metempsícosis es una locura, lo cierto es que, desde una perspectiva científica, resulta bastante sencillo de explicar. Al menos sus rudimentos; al menos superficialmente. Para comprenderlo, sólo hay que imaginar y seguir con atención la siguiente cadena de afirmaciones: si, con Lavoisier —y ciñéndonos a la primera ley de la termodinámica—, asumimos que la materia ni se crea ni se destruye sino que se transforma y que los cuerpos son materia, ya llevamos la mitad del camino recorrido. Supongamos ahora que fallecemos y somos enterrados o incinerados y nuestras cenizas se esparcen por cualquier lugar. La materia en descomposición o los restos calcinados comienzan a hacer su trabajo y acaba produciendo insectos, plantas, que a su vez son devoradas o devorados por otros animales, que a su vez tal vez pasen a formar parte de la cena de algún ser humano propenso a procrear y, al cabo de varias generaciones (o antes, en ocasiones), nace otra persona que comparte una buena porción de materia con su antecesor humano en la cadena de la transmigración.

La teoría se derrumba tan pronto incorporamos el alma en la ecuación. De ahí que únicamente podamos explicar parcialmente el fenómeno. A fecha de hoy no disponemos de pruebas concluyentes de que el alma, en caso de existir, resida en

alguna parte del cuerpo o presente alguna base física, por minúscula que sea. Y es ahí, en el fango de la experiencia, donde aparece el peldaño que nos permite avanzar en nuestras investigaciones al respecto, dado que, si no hay pruebas determinantes en una dirección, tampoco las hay en la contraria.

Una vez aparcamos nuestros prejuicios, nos es dado proseguir. De lo expuesto anteriormente se sigue que la serie de *reencarnaciones* se vería sujeta a un espacio determinado, de hecho, y salvo migraciones drásticas, a un espacio muy reducido, a saber, el delimitado por nuestro perímetro vital: nuestro barrio, nuestra ciudad... Siendo esto así, es fácil deducir que lo excepcional es que seamos piratas chinos en una vida, gánster en Chicago en otra y alpinista noruego en la siguiente. Es posible, cierto, pero, de acuerdo con esta teoría, poco probable. Lo más razonable es suponer que todo gire alrededor de un eje relativamente corto. Así pues, tal vez hayamos sido esposos de quien en otra vida acabaría siendo nuestro verdugo o reyes después de haber sido vendidas a comerciantes sin escrúpulos. Un asunto de dimensiones en apariencia cósmicas acaba quedando en mera cuestión *doméstica*. Esta explicación bastaría para comprender por qué Cata vivió la escena en la caravana de Nico y su padre como algo familiar. Puede que en una vida anterior hubiese conocido a Nico bajo otra forma; tal vez hubiese habitado un lugar similar. Es imposible determinar *a priori* y con precisión quirúrgica el curso de los acontecimientos pasados, presentes y futuros.

También desde una perspectiva científica podemos atribuir una lógica, o como poco un esquema o patrón, al devenir de los hechos. No seríamos los primeros. En 1202, Fibonacci presentó su conocida, incluso tan manida como escasamente comprendida, sucesión numérica, a la cual parecen ajustarse un buen número de sucesos en la naturaleza y, de manera más reciente, determinados ciclos en la bolsa y

en la economía mundial. Para nuestros propósitos, lo que debemos tener presente es la idea de ciclo o, mejor dicho, de la repetición cíclica —algo a lo que no fue ajeno el filósofo Friedrich Nietzsche al enunciar su famosa tesis del *eterno retorno* («de lo idéntico», detalle que suele olvidarse o pasar desapercibido)—. Tal vez este concepto no permita incorporar el alma en el problema de la reencarnación de lo físico de forma directa, pero sí ofrece un atisbo de eso a lo que podríamos denominar *inteligencia cósmica* o *universal*. Una lógica rige el universo, a pesar de que al ser humano, a la vista queda, no le sea dado comprenderla y, en su confusión, haya dado en llamarla «Dios».

Esta combinatoria divina o infernal, este puzle *caprichoso* o esta *matrioska* de infinitas capas, rige cada partida; genera un tablero similar en el que los jugadores alternan los roles, olvidando los anteriores e ignorando los futuros. Algunas personas, en un afán de prevenir ulteriores incidentes, se acogen a ideas como el *karma* que, contrariamente a la opinión general, no acontece en un momento posterior de la vida del mismo individuo sino en vidas futuras. Haz el bien, desecha el mal. La teoría es sencilla, si bien es preciso considerar otra forma de surgir en un escenario parecido pero no idéntico al que el *pasajero* estaba acostumbrado a frecuentar. Indudablemente, es el tiempo. Concretamente un salto en el tiempo. Si dicho salto presenta una naturaleza predeterminada o si está sujeto a la voluntad del viajero tampoco nos es dado constatarlo. Únicamente podemos recurrir a un concepto del cual, tal vez, hablemos en otra ocasión, si es que lo que deseamos es aprehender la finalidad que subyace a toda manifestación *divina*. Su nombre es *dharma*.

No soy capaz de describir el espanto que experimenté cuando abrí los ojos. Durante un buen rato tuve la sensación de que me hallaba dentro de un sueño. Ninguna otra explicación acudía a mi mente. Me vi sumergido en un mundo nuevo, extraño, inhóspito, un lugar de pesadilla. Vi caminos negros, edificios altos y carentes de encanto y esos horribles carros mecánicos...

Dos cosas llamaron poderosamente mi atención: la primera, el olor, indescriptible y asfixiante; la segunda, el ruido. En aquel lugar el sonido no cesaba. En todo momento percibía una suerte de murmullo mecánico. Por fortuna, advertí que allí se hablaba mi idioma. Puede comprobarlo al leer los cientos de carteles enormes y realizados en materiales que yo desconocía. Aunque no entendía el significado de los mensajes, sí comprendía las palabras que los conformaban.

Me puse en pie. Estaba lleno de polvo. Me sacudí la ropa, la capa y el sombrero. Ajusté mi antifaz y miré a mi alrededor. Palpé mi cinto y comprobé que la espada seguía en su vaina. Confiado en que nadie fuera a reconocerme en aquella tierra tan extraña, me quité el antifaz y lo guardé en un bolsillo. Di unos pasos con mucha cautela. Recuerdo haber cogido un guijarro y arrojarlo al pavimento negro. No sucedió nada, lo que me dio ánimos para cruzar ese tramo. Al otro lado de la calle se erguía algo que supuse era una cantina. Tenía que sobreponerme al terror que me causaba aquella situación y recabar más información sobre ese extraño escenario. Abandoné la pequeña arboleda donde despertase, tragué saliva e intenté adoptar una postura erguida. No recordaba haber estado tan asustado en mi vida. No podía preguntar a ningún ser humano dónde me encontraba, dado que todos viajaban en el

interior de esos carruajes sin caballos. Algunos me miraban extrañados, pero no interrumpían su marcha.

Llegué a la puerta de la cantina y dude acerca de desenfundar mi espada o no. No sabía lo que me encontraría en el interior y prefería no correr riesgos, así que decidí desenvainar. Abrí la puerta lentamente y atravesé el umbral. No me había equivocado: aquello era una cantina. A esas horas no había mucha gente, pero los presentes se inquietaron cuando me vieron aparecer empuñando mi espada. El que supuse sería el *barman* levantó las manos. Quizá pensase que yo era un atracador.

—¿Qué quiere? —preguntó visiblemente alterado.

—No voy a hacerles daño —respondí al tiempo que guardaba mi arma.

Los parroquianos me miraban fijamente, llenos de estupor. Estaban muertos de miedo.

—¿Qué le ha pasado? ¿Por qué va así vestido? ¿Ha sufrido algún accidente?

Miré mis ropas antes de responder y las comparé con las del resto. Cierto que había una notable diferencia de estilo entre los habitantes de aquel lugar y yo. Ni siquiera había un hombre que luciese bigote.

—Señor, ¿sería tan amable de servirme un poco de agua?

El tabernero me ofreció un vaso de cristal repleto del líquido que tanto ansiaba en ese momento. Le temblaban las manos. Le di las gracias y me lo bebí de un trago. A la pregunta por dónde estaba me contestó, después de varios intentos (no sabía a qué sitios hacía referencia), que en el sur de España. Reprimí el impulso de exhibir mi asombro, respiré profundamente y por último pregunté por el año. La respuesta casi me deja sin respiración: 2013.

—Usted necesita un médico —dijo el camarero un poco más relajado.

Volví a examinar la sala. Un incompresible ingenio escupía música e imágenes de algo que imaginé consistía en una representación teatral a todo color y a través de un cristal. Cantaban en inglés, a pesar de que las personas del bar empleasen el castellano como lengua nativa. A fin de serenarme, me concentré en algunos aspectos como, por ejemplo, el hecho de hallarme en España —tierra de mi padre, don Alejandro Vega—. Di de nuevo las gracias al mesonero, me di media vuelta y me dispuse a abandonar el local ante la mirada atenta de todos los clientes. Mire la máquina de la cual procedía la música antes de marcharme. Leí «*Pepita*» justo al lado de *Calexico* en aquel cristal. Una nueva canción comenzaba a sonar mientras yo cruzaba de nuevo la puerta metálica y mis ojos se topaban con la luz de un sol que me cegó por unos instantes. El polvo del exterior me recordó a mi Los Ángeles natal y hasta ahí llegaban las semejanzas entre ambos lugares.

Anduve unas cuantas horas por esa ciudad construida sobre y a base de lo que parecían escombros, tratando de recordar cómo había llegado hasta allí. La cuestión no era en absoluto baladí, dado que, si no sabía cómo lo había hecho, tampoco podría imaginarme cómo regresar. Ante las miradas de los habitantes del mundo del futuro (ahora ya tenía la certeza de que se fijaban en mi ropaje) me esforzaba por traer a la memoria cualquier detalle que me permitiera formarme una idea del modo en que, ya podía decirlo sin tapujos —y por mucho que me estremeciera sólo de pensarlo—, había viajado en el tiempo. Nada. Sólo recordaba estar cerca de la hacienda. Debía estar contemplando algo que entonces me resultó imposible rememorar. No lo sabía.

Al cabo de la tarde, conforme comenzaba a anochecer, noté el mordisco del hambre. Me sentí afortunado y aliviado al comprobar que todavía guardaba mi bolsa de cuero con un buen puñado de monedas. Me adcenté un poco con la mano y accedí

a otra fonda con mejor aspecto que la anterior. Es sorprendente la cantidad de cantinas que hay en el futuro...

Volvió a repetirse la escena anterior. Todo el mundo me dirigió una mirada. Algunos disimulaban más y otros menos. Algunos incluso tapaban una risita con la mano, pero preferí ignorar la afrenta y tener una velada tranquila y sin incidentes. Me acerqué al posadero y solicité una mesa. Con un gesto de la mano me invitó a tomar asiento en cualquiera de las que hubiese libres. Una señorita de una mesa cercana me dirigió una sonrisa y se la devolví con suma cortesía, inclinando ligeramente la cabeza. Era el primer gesto educado que se me regalaba en el mundo del futuro. Cuando el camarero se acercó a preguntarme qué deseaba tomar, aproveché para saber si tenía alguna información sobre el estado actual de Los Ángeles. Arqueó las cejas y me respondió que si tenía mucho interés podía mostrármelo en un segundo. Le pedí por favor que así lo hiciera. Fue cuando él extrajo un pequeño instrumento de su bolsillo, pulsó algo repetidas veces y me mostró una pequeña pantalla, como una ventana en miniatura, en la que, según él, podía verse una serie de imágenes de Los Ángeles en la actualidad. Era incluso más horrible que el lugar en el que me hallaba. El camarero pasaba aquellos retratos tan realistas deslizando el dedo por el cristal. Yo había tomado la decisión de suspender todo juicio respecto a lo que viera, consciente de que mi mente no estaba preparada para asimilar en tan escaso margen tal cantidad de información y estímulos.

Pedí carne y vino en abundancia. La señorita de la mesa cercana no dejaba de dedicarme miradas y sonrisas y, por mucho que tenga en cuenta el decoro, tuve la sensación de que se me estaba insinuando. Me llamó la atención que una dama se dispusiese a tomar la cena en un mesón sin compañía, hasta tal punto de que estuve

cerca de invitarla a sentarse conmigo (intención de la cual fui disuadido por sus modales un tanto descarados).

Llegó la hora de abonar la consumición. Llamé otra vez al mesero y le pregunté cuánto le debía. Ni siquiera comprendí la moneda que requería, de modo que saqué mi bolsa de cuero y entregué unas monedas de oro.

—¿Será suficiente?

—Lo será, señor —respondió él con unos ojos que se me antojaron avariciosos y una sonrisa maliciosa.

—A propósito, ¿conoce alguna posada en la que pueda pernoctar?

El camarero dio muestras de no entender bien la pregunta.

—¿Disculpe?

—Un sitio para dormir. Busco un sitio para dormir.

Nada más formular aquellas palabras, caí en la cuenta de que tal vez no fuera una buena idea dejarme aconsejar por un tipo que daba la impresión de querer atracarme. No le habría resultado nada fácil hacerlo, pero, dada mi excepcional situación, prefería no arriesgarme a meterme en líos.

—Le apuntaré un par de direcciones en un papel, señor.

—Muchas gracias.

Le vi cuchichear algo al oído de una camarera entrada en años. Anotó algo en un papel y regresó.

—Aquí tiene. Le sugiero éste en particular. Está bien de precio y lo lleva un buen amigo.

Le agradecí la información y me levanté dispuesto a dirigirme a cualquier otro sitio que no fuera ése. La señorita que cenaba sola me obsequió una última sonrisa,



más prolongada y provocadora que las anteriores. En aquella ocasión, y avergonzado ante sus vulgares maneras, no se la devolví.

La noche se había apoderado de la calle. Pude descubrir que, en el futuro, la noche era oscura de manera parcial. Había luces por todas partes y no resultaba nada fácil ver las estrellas en el firmamento. No tenía dónde ir y estaba cansado. Deambulé por algunas calles sin rumbo fijo. Tuve la impresión de que el mundo se había venido abajo. Todo era sórdido y decadente; mecánico, sucio y ruidoso. Era como si un *espíritu* insuflase vida a los objetos inanimados. ¿De dónde procedía la luz? ¿Cómo se movían aquellos vehículos de metal? Aquella pesadilla no ofrecía la menor respuesta. Así que anduve por entre aquellas horribles construcciones que se alzaban hacia los cielos, como en el bíblico relato de Babel.

Agotado por el *viaje* y por la saturación de emociones, decidí sentarme en uno de esos caminos pavimentados, que luego sabría se llamaban «aceras». Concretamente en un bordillo. A esas horas no había muchos habitantes del futuro susceptibles de ser sorprendidos por un caballero con capa, sombrero y una espada en el cinto. Allí, en la más terrible soledad, en la exclusión absoluta de mi mundo, en la distancia insalvable, tuve el primer destello de esperanza desde que aterrizase en aquel planeta que, aun siendo el mío, se me figuraba ajeno. Oí un sonido semejante al maullido de un gato. Y no me equivoqué. Un pequeño minino se me acercó con cautela, se sentó a mi lado, como si deseara hacerme compañía. Recuerdo que acaricié su pelaje suave y me sentí un poco menos abandonado. A los pocos minutos escuché la voz de un muchacho que llamaba a alguien.

—¡Cata! ¡Cata!

El sonido se aproximaba cada vez más hasta que, finalmente, llegó donde mi compañero gatuno y yo estábamos.

—Ah, estás aquí —dijo el chaval sonriendo—. Buenas noches.

—Buenas noches —contesté.

—Bonito disfraz.

Suspiré con discreción antes de corregirle:

—No es ningún disfraz.

—¿En serio? ¿Viste usted así de manera habitual?

—Sí. Así vestimos en el lugar de donde vengo.

El muchacho arqueó una ceja, se agachó y cogió al gato en brazos. Éste no opuso la menor resistencia.

—¿De dónde viene? ¿Americano?

Mi acento me había delatado.

—De Los Ángeles.

—¿Y qué le trae por aquí?

—Es una buena pregunta...

Noté que me estaba examinando. Me desagradaba admitir que mi aspecto no presentaba el empaque que hubiese deseado. Me rasqué el mentón a fin de comprobar la espesura de mi barba. El propio de llevar no más de un día sin rasurarla. El polvo de mis prendas había desaparecido pero no en su totalidad. En líneas generales, daba la impresión de haber tenido una larga jornada y de haber realizado un esfuerzo superior al que acostumbraba o de haberme batido con algún malnacido.

—¿Cuándo ha llegado? —añadió.

—Hoy.

—¿Y dónde se aloja? Perdona que sea tan grosero, pero creo que no tiene usted buen aspecto...

—No te preocupes, muchacho. Lo sé. Te podría contar cualquier historia, mas lo cierto es que he aparecido en este lugar. Así, sin más, y no tengo ni el más remoto recuerdo de cómo he podido llegar.

—¿Necesita un médico o algo?

—Lo que necesito es un lugar donde pasar la noche. ¿Conoces alguna posada? Tengo algunas monedas de oro... —Se las mostré.

El joven abrió los ojos de par en par.

—Tal vez pueda pasar la noche con nosotros. Tendría que preguntárselo a mi padre, pero no creo que tenga ningún problema. Nuestra casa, por llamarla de algún modo, es modesta aunque mucho mejor que la calle.

No llegué a comprender por qué un desconocido se me ofrecía con tal naturalidad, si bien no tenía demasiadas alternativas y acepté.

—¿Cómo te llamas, muchacho?

—Nico, me llamo Nico García y ella es Cata —dijo refiriéndose a la gata—. ¿Y usted, señor?

—Mi nombre es don Diego de la Vega.

—¿Don Diego de la Vega? ¿Está de coña?

—¿Perdón?

—Ése no es el nombre de...

Un médium. Así me describen muchas de las personas que me conocen y razón no les falta. Personalmente habría preferido otra ocupación, pero imagino que algunas circunstancias te eligen o atrapan a ti y no tú a ellas. Me llaman Tim, si bien mi nombre completo es Timoteo Heredia. Reconozco que mis padres no tuvieron mucho tino a la hora de escoger un nombre para mí. He pasado la mayor parte de mi vida en Inglaterra y Francia estudiando textos complejos sobre espiritismo y asesorando a las autoridades de ambos, y otros muchos, países sobre cuestiones, digamos, delicadas.

Desde niño poseo una sensibilidad que me permite comunicarme con aquellos que han abandonado este plano de realidad y habitan en *el otro lado*. No resultó traumático en absoluto darme cuenta de mis capacidades. Mi madre también tenía fama de estar dotada de facultades parecidas a las mías y mi padre había dedicado bastantes años al estudio de la obra de Allan Kardec y William Crookes. No es de extrañar que, cuando anuncié que, en ocasiones, recibía mensajes de indeterminada procedencia, la noticia fuera acogida del modo más natural. La forma en que recibo tales mensajes, dicho sea de paso, es siempre la misma: *noto* (que no escucho) una frase o conjunto de ellas dentro de mi cabeza y automáticamente sé a quién debo transmitirle la información. A veces, yo soy el destinatario final de los mismos. Puntualmente, puedo ver alguna imagen simple. Sin ir más lejos, he regresado a España para localizar a una mujer que está a punto de llegar. Su nombre es Teresa de Silva, a la sazón, filósofa y lectora voraz de Chesterton. Aún no tengo presente lo que debo transmitirle ni qué aspecto tiene ella, pero sé que la respuesta llegará en el momento adecuado.

Tengo cuarenta y dos años y sigo soltero, dedicado en cuerpo y alma al desarrollo de lo que considero mi misión. Asumo que el don que me ha sido otorgado exige de mí una especie de sacerdocio o dedicación completa. No es una postura fácil de mantener, pero tampoco mi vida es convencional en ningún sentido.

Pasaría unos días en una villa mi familia posee cerca del mar. No hay nada que me relaje más que la presencia del Mediterráneo, a pesar de que deteste bañarme. Puede que esto se deba a que, de niño, vi cómo sacaban del agua el cadáver de un hombre; puede que, sencillamente, odie la combinación de sal y arena en mi cuerpo mojado. Ahora que lo pienso, acariciaba unas cartas Zener mientras contemplaba aquella estampa. Hacía sol pero las temperaturas todavía eran muy bajas y apenas nadie caminaba por la playa. Un pequeño velero de recreo cruzaba la línea del horizonte a ritmo pausado. Nunca he recibido una *visita* estando cerca del mar y eso me reconforta. Es como si el líquido elemento conformase una especie de escudo protector de mi intimidad. No pueden imaginar lo desagradable que resulta ser contactado a cualquier hora y lugar, sin el menor respeto por mi privacidad.

En cierto sentido, mi vida es una larga espera de nunca sé muy bien qué. Paso gran parte del día sentado y contemplando el vacío. En ocasiones me pregunto si no habrá un hilo conductor que conecte todos los *recados* que recibo. Contrariamente a lo que la mayoría supone, las entidades que acuden a mí son del todo inofensivas. Es más, ni siquiera resultan amenazadoras o terroríficas. Olvidaba decir que, en circunstancias excepcionales, he logrado ver a alguno de ellos. Se asemejan bastante a un holograma, es decir, tienen una presencia vaporosa, translúcida. En sus rostros pueden apreciarse el desconcierto y el miedo. No siempre, por supuesto, pero conviene dejar claro que ellos viven más perdidos que nosotros, con el inconveniente

añadido de que rara vez disponen de alguien a quien poder formular preguntas o ruegos. Y ahí entro yo.

Sería erróneo, por no decir falso, no señalar que he sido sometido a múltiples pruebas y experimentos orientados a determinar la naturaleza y el alcance de mis facultades. Acerca de lo primero, y como cabía esperar, no hay pruebas concluyentes, pero sobre lo segundo... No quiero abrumar a nadie, pero aseguro que pocos me superan en potencia. Soy una especie de imán extrasensorial, uno de los más poderosos del mundo. Una o dos veces al año me reúno con cuatro o cinco de los otros. Me refiero a los otros médiums con un nivel similar al mío. Las citas se llevan a cabo en lugares no menos rocambolescos, aunque, en fin, ¿qué podría esperarse de cinco mentalistas? Bueno, sí, que las reuniones se desarrollasen telepáticamente, pero, admitámoslo, también nos gusta estrecharnos las manos y abrazarnos; abrir una buena botella de borgoña; degustar unos habanos, etc. A la postre no somos tan extraños; compartimos muchas aficiones con el resto de los mortales (y otras tantas con quienes se niegan a morir del todo, gajes del oficio). Fue precisamente en el transcurso de uno de esos encuentros cuando, por primera vez, llegó a mí, y en portugués, el mensaje mediante el cual se me informaba de que tenía que localizar a una tal Teresa de Silva. Aprovecharé para apuntar que, si bien domino a la perfección el idioma luso, soy capaz de comprender los llamamientos en cualquier idioma, aunque fuera de ese estado de conciencia no pueda articular ni una sola palabra del mismo. «Viaja a España. Teresa de Silva, filósofa y lectora de Chesterton llegará en breve. Debes esperarla», tal fue lo que sentí —la sensación, como ya he señalado, es la vía por la que percibo este tipo de *órdenes*—.

Se impone destacar que no estoy obligado a obedecer a los espíritus ni a atender a sus requerimientos, aunque, como he estado a un paso de sugerir hace poco, comienzo

a inclinarme por que estos últimos poseen una lógica superior a la mía y, en consecuencia, prefiero prestarles un poco de atención. Es un necio aquel que antepone su propio ego a las evidencias.

Durante mi último encuentro con el comité de sabios en cuestiones paranormales (debería entrecomillarlo, puesto que, desde mi punto de vista, el prefijo «para» desaparecerá en muy poco tiempo y dicha temática será integrada dentro de la ciencia normal) se discutió acerca de la existencia de un libro que, se suponía, era escrito de manera permanente por el propio universo. Una especie de *I Ching* en incesante cambio, en incesante construcción. Según decían algunos compañeros, en teoría, el libro se iba actualizando en función del devenir de los acontecimientos. Letras y frases desaparecían para dar lugar a otras derivas y, entre toda mutación constante, una serie de líneas maestras acerca del modo de proceder universal; algo así como el algoritmo que regulaba el cosmos, protegiéndolo contra su eterno antónimo: el caos.

Creo recordar que alguno llegó a sugerir que incluso su forma podía alterarse y convertirse en algo diferente de un libro. Su origen y procedencia era del todo impreciso.

Que nadie se lleve a error: no voy a relatar cómo un selecto y secreto grupo de psíquicos comenzaron a buscar el libro prohibido que, de ser descubierto, derribaría los pilares de... Nada de eso. Bebíamos, fumábamos y, cómo no, comentábamos rumores y leyendas para después proseguir nuestras vidas. Todo el mundo lo hace, lo único es que otras personas cuchichean sobre la vecina de al lado y nosotros sobre enigmáticos códigos desaparecidos, entidades límite y temas por el estilo. Nada más.

Palpé el bolsillo de mi chaqueta y con gran satisfacción extraje un habano que encendí sin más dilación. Recuerdo la brisa. Recuerdo la taza, que minutos antes contuviese un delicioso café humeante, vacía. Recuerdo el mar y la arena. Lo que

apenas recuerdo es haber pasado largas temporadas en esa casa a la orilla de la playa, aun sabiendo que así sucedió. Puedo ver a mi madre llamándome o a mi padre en el porche, pero no me veo a mí mismo. Siempre he pensado que era una de las razones por las que podía hacer de mediador entre los habitantes de ambos planos de la realidad: *no ser* en sentido estricto, dejar espacio dentro de la personalidad de cada cual para que quepan otras. Se me figura que la mencionada circunstancia convertirá a la mayoría en escritores o artistas. A mí me empujó en otra dirección. En ambos casos, la afirmación de Rimbaud «*Je est un autre*» resuena en mí de manera poderosa. También compartimos, en este caso con los filósofos, el detestable estereotipo de la locura. Personalmente, no veo ningún motivo que permita establecer una conexión entre el amor por la sabiduría o una sensibilidad inusual y la demencia ni tampoco comparto la tesis que establece que los *psíquicos* solemos ser, o tenemos tendencia a serlo, un tanto esnobs, sibaritas y, por qué no decirlo, elitistas y pedantes. Lamento llevarles la contraria a quienes sostengan algo similar, mas concedo que muchos de nosotros presentamos cierta propensión a la cultura, algo que, según creo, no puede hacerle mal a nadie. Lo contrario nos catalogaría de charlatanes y lo que defendemos ser es científicos, aplicados a una ciencia límite pero científicos en cualquier caso. No negaré que buceamos entre libros exóticos, excéntricos, muchos de ellos, sí, escritos por chalados, de donde no se sigue, al menos de manera necesaria, que el mensaje también lo fuera. ¿Qué podría reprocharnos alguien por seguir un camino similar al trazado y recorrido por personas de la talla de Faraday o Tesla? Si nos detenemos un segundo a pensarlo, la diferencia entre ciencia normal, ciencia límite, paraciencia y pseudociencia, reside en escasos matices. Además, seamos francos, llegará un día en la vida de cada uno de nosotros, cuando la senectud ya sea una vieja conocida, en el que la realidad ordinaria para las nuevas generaciones nos parecerá ciencia ficción de



todos modos. Así que, ¿por qué no hacer un buen puñado de experimentos antes de llegar a ese punto?

—Caballeros —interrogué a mis doctos camaradas—, ¿alguno de ustedes conoce a doña Teresa de Silva?

En el salón del insigne Jakob Böhme —de nombre, procedencia e inclinaciones idénticas a las del místico, y autor de *Aurora*, tan conocido en los ambientes teosóficos, pero sin ser él— se hizo el silencio. La mansión estaba situada en Görlitz, también lugar de nacimiento del *otro* Böhme, y poseía una de las vistas más preciosas que yo haya contemplado jamás. Nuestro Böhme había ido creando una biblioteca de las más bizarras, completas y fascinantes de toda Europa. El valor de los libros allí preservados era incalculable. Razón por la cual (imagino que habría otras no menos decisivas) se viera obligado a disponer de un sistema de seguridad acorde al contenido de la vivienda.

—¿Puede usted facilitarnos más datos? —terció el honorable Daniel Dunglas Home, otro ejemplo de inexplicable coincidencia al ostentar mi colega el mismo nombre y *aficiones* que el médium británico, pero tratándose de otra persona distinta.

—Tan sólo puedo añadir que es filósofa y que muestra un evidente interés por la obra de G. K. Chesterton.

—Particularidades que acotan notablemente el campo...

El sonido de risitas cómplices fue unánime.

—Lamentamos no ser de más ayuda, señor Heredia.

Aun a riesgo de acrecentar las burlas de nuestros detractores, apuntaré que cada uno de nosotros hablaba en su idioma natal (salvo que alguno optase por hacerlo en otro distinto). No lo digo por hacer gala de una cultura que no me veo en la necesidad

de ocultar, sino a fin de ofrecer algún dato más a cualquiera que pueda estar interesado en tan inusuales convenciones.

—Pues tengo que regresar a España para reunirme con ella. Está al caer...

Nadie objetó nada. En lugar de eso, el único francés de la sala, extrajo un papel y una pluma del bolsillo interior de su chaqueta y anotó algo antes de entregármelo. «PODEMOS» pude leer. Había sido escrito en mayúsculas. Miré a mi compañero, sin apreciar ningún mensaje en su lenguaje corporal. Permaneció en silencio e impasible. Le ahorré a él y al resto el bochornoso e innecesario espectáculo de preguntar si sabía qué significaba. De haber sido así, me lo habría dicho y su hermetismo daba a entender que sería yo quien acabaría comprendiendo lo que esa nota, esa palabra, tenía que decirme. La guardé con sumo cuidado dentro de mi cartera, me levanté y, tras agradecer a Böhme su hospitalidad y al resto su agradable compañía, subí a mi cuarto, metí mi escaso equipaje en una maleta y abandoné la mansión para dirigirme al aeropuerto.

PODEMOS. Sujetaba el minúsculo papel con ambas manos. No esperaba que alguna respuesta llegase procedente *del* mar, y, en efecto, no fue así. En su lugar sucedió algo parecido, si bien jamás antes me había pasado: recibí una *llamada* hallándome cerca del mar. Lo que me decía era: «Teresa acaba de llegar».

¿Qué podemos señalar acerca del *dharma*? En primer lugar, que es un término sujeto a múltiples acepciones y traducciones, algo que suele suceder cuando las palabras proceden de un idioma largo tiempo desaparecido y que tan sólo unos pocos creen saber interpretar con precisión. Para el resto de los mortales, esta clase de conceptos se entremezcla con otros muy próximos. Por ejemplo, *dharma* podría vincularse, por no decir confundirse, de manera íntima con *ritá* (*Rta*), vocablo sánscrito que viene a significar algo parecido a «orden cósmico del mundo» o «ley universal» (aunque bien podría apuntar asimismo a otras tantas lecturas). Se puede optar por ignorar sus diversos sentidos y retener la idea de «ley cósmica», dejando también a un lado los problemas que plantea dicha concepción del devenir de los acontecimientos —al relacionarse de manera estrecha con la cuestión del *determinismo*, es decir, la tesis según la cual el destino de cada ser está prefijado desde antes incluso de su nacimiento—. Al igual que respecto a la existencia de Dios, al ser humano no le es dado (ni le será jamás) certificar ni una ni otra respuesta. Ni siquiera en el supuesto de que todas las acciones y pasos del ser humano sean libres en gran medida se puede inferir que dicha libertad, así como el resultado o consecuencias de su ejercicio, no esté ya contemplada en el orden cósmico predeterminado recién mencionado. La mente racional se muestra impotente e ineficaz a la hora de resolver el dilema; la mente racional debe ser abandonada en ocasiones, puesto que su única función es la de llevar a cabo cálculos. Sólo así, un espectador cualquier tendría la capacidad de atar los cabos; de conectar determinados acontecimientos, aportándoles un sentido y una lógica globales.

Gran parte de la educación y cultura desarrollada para y por el ser humano —en particular por sus élites— ha tenido por finalidad la supresión del resto de sus facultades. Por ejemplo, apenas se presta atención a los instintos, llegando incluso a desconfiar de ellos o racionalizarlos (con lo que, sin lugar a dudas, pierden todo su poder). Miramos pero no vemos. Oímos mas no escuchamos. No hay nada mágico en este planteamiento; no hay postulación de la existencia de un *tercer ojo*, sino una invitación a recuperar las capacidades desaparecidas o aplastadas que toda persona, no obstante, alberga en su interior.

De haber explotado estos poderes, un *pasajero* aleatorio, incluso el más incómodo y menos recomendable, habría constatado la evidencia de un esquema perfectamente ordenado. Nada en la historia que pronto uniría a Teresa, Nico, Tim, don Diego de la Vega y una gata muy curiosa era fruto del azar. Por supuesto que no.

Suele ser conveniente recordar algunas ideas. Una de ellas, por descontado, es que todo sigue un patrón. Todo-sigue-un-patrón.